

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Decoración del acto segundo. Altas horas de la noche. En la cama yace abrigado con una manta el joven Angel Navarrete. Junto á la cama una mesita, con tazas y frascos de medicinas. Próxima á la cama Sor Simona, sentada haciendo media. A la derecha, junto á la ventana, una lámpara mustia con pantalla. El profundo silencio que reina en la escena, sólo es turbado por lejanos alertas de los centinelas. Sentada en el suelo y arrimada á un arcón, duerme Natika.

ESCENA PRIMERA

SOR SIMONA, NATIKA, ANGEL

ANGEL

(Delirando con palabra torpe sílabas inconexas.)
Bár... baros..., dé... jenme..., no más...

SOR SIMONA

(Levántase, soltando la media; levántase también Natika, y ambas acuden al enfermo por uno y otro

lado del lecho.) Natika, ayúdame. (Cogiéndole por los hombros, le incorporan suavemente.) Hijo mío, ya estás mejor; voy á darte otro poquito de agua. (En una cucharada de agua, vierte unas gotas de éter.)

ANGEL

Hijo tuyo, sí.

SOR SIMONA

Toma, toma agüita buena. (Angel bebe y deja caer su cabeza en la almohada, cerrando los ojos.)

NATIKA

Ya duerme. (Le arropa con la manta.)

SOR SIMONA

Angel, mi Angel, duerme.

NATIKA

Ya está más tranquilo. (Pasa al otro lado, y las dos le contemplan en silencio.)

SOR SIMONA

(Volviendo á su silla.) Está mejor; pero todavía delira.

NATIKA

(En voz muy baja.) ¡Ay qué noche! Cuando la señora le hizo la cura en el brazo, el pobre-cico daba unos gritos, que ya ya. Luego se soltó á delirar. Disparates grandes dijo, y quería echarse de la cama también.

SOR SIMONA

El delirio fuerte ya pasó. Con las medicinas se ha sosegado, y... cuando despierte le daremos un poco de leche. ¿La has traído?

NATIKA

Sí, señora.

SOR SIMONA

¡Horrible! ¡Tormentosa noche que no se acaba! ¿Sabes tú qué hora será?

NATIKA

Gallos oí cantar una vez..., luego otra vez. Pronto el alba vendrá.

SOR SIMONA

¡Ay! No sé si desear el alba ó temerla.

NATIKA

Dios trae la noche: el día trae también, sí;
y con el día, Dios y la Virgen traerán la paz.

SOR SIMONA

La paz, la paz... Duerme, Natika.

NATIKA

Y la señora, ¿no duerme un poquito?

SOR SIMONA

Yo no duermo, yo espero... Descansa tú,
pobre Natika, y cobrarás fuerzas para lo que
venga mañana.

NATIKA

Si la señora espera velando, yo también, sí.
(Pausa. Las dos rezan en silencio.)

ANGEL

(Con voz entera.) ¡Madre!

SOR SIMONA

(Levantándose súbitamente, corre hacia el lecho.)
¿Qué, hijo mío?

ANGEL

(Con ligera inflexión de alegría.) Ya estoy bueno.

SOR SIMONA

Estás mejor, sí; pero todavía... (Le pone la
mano en la frente.) Duerme, amor mío.

ANGEL

Dormir no. Quiero hablar.

SOR SIMONA

(Muy cariñosa.) Juicio, juicio. Cuando ama-
nezca hablaremos. Yo te contaré muchas co-
sitas.

ANGEL

(Tratando de incorporarse.) Cuéntamelas aho-
ra. ¿Por qué está este cuarto tan oscuro?

SOR SIMONA

Porque es de noche.

ANGEL

¡Madre!

SOR SIMONA

Aquí estoy, ¿no me ves?

ANGEL

¿Pero de veras eres tú mi madre?

SOR SIMONA

¿Lo dudas? (Acercándose más, le besa en la frente.)

ANGEL

¡Ah, sí! Por el beso te reconozco...; por el aliento, que me trae olor de rosas y claveles; pero... (Alargando su mano, le toca la cabeza.) Anoche, ayer no tenías esa toca.

SOR SIMONA

(Sin saber qué decir.) No... si... me pongo esto para curarte.

ANGEL

(Incorporándose más, mira en derredor suyo.) ¿Dónde estoy?

SOR SIMONA

Estás conmigo, con tu madre.

ANGEL

(Con alegría y asombro.) ¡Ah! Ya me acuerdo. Recuerdo lo que me ha pasado, la terrible escena...: me fusilaron... (Con risa nerviosa.) Ja... ja. No me tocó ninguna bala; yo me tiré al suelo haciéndome el muerto... ja... ja.

SOR SIMONA

Te hiciste el muertecito: ya, ya.

ANGEL

Los soldados se fueron...; oía yo sus pasos... prun... prun... prun... Entonces...

SOR SIMONA

Yo te recogí.

ANGEL

Me recogiste... Sentí la impresión de tus manos, que oían á rosas y claveles. En aquel momento llegó mi padre, y te dijo: «Pilar, ahí tienes á tu hijo: llévatelo al oratorio del castillo.» Llegaron unas Hermanitas de la Caridad: entre ellas tú, y me llevaron en volandas... Pero tú no tenías toca: ahora sí.

SOR SIMONA

Ya te dije que me la puse para curarte.

ANGEL

(Convencido.) ¡Ah, ya! ¿Y todavía estamos en el oratorio del castillo?

SOR SIMONA

Sí, todavía; pero estate quietecito, hijo mío. ¿Quieres tomar alimento?

ANGEL

Sí, sí.

SOR SIMONA

(Hace una seña á Natika, que se acerca con una taza de leche.) Toma esta lechita.

ANGEL

(Después de beber con ansia.) Y esta mujer, ¿quién es?

SOR SIMONA

Es una criada del castillo. Ahora, hijo, á dormir otra vez. (Arropándole.)

ANGEL

(Girando los ojos.) No sé si podré. (Se deshabila y se incorpora.) Madre, ven aquí.

SOR SIMONA

Si no me muevo de tu lado.

ANGEL

(Vivamente.) Y mi padre, ¿dónde está? ¿Por qué no viene á verme?

SOR SIMONA

(Sin saber qué decir.) Estará en sus ocupaciones; ya vendrá.

ANGEL

(Muy inquieto.) Es que... mi padre está incomodado conmigo. ¡Ay, me va á reñir!... (Afligido, casi llorando.) Me reñirá mucho, mucho, por el disparate que hice lanzándome á los campos de batalla.

SOR SIMONA

(Bonchadosa.) Travesuras de chicos.

ANGEL

Me escapé del Instituto de Vitoria con otros amigos... Creíamos que nuestro entusiasmo y nuestro ardimiento hacían mucha falta en el cuartel general alonsino.

SOR SIMONA

(Risueña.) Vuestras cabecitas estaban trastornadas por los discursos políticos, por las arengas militares... del bando de allá... Queríais asombrar al mundo con vuestras proezas...

ANGEL

Eso, eso... Nos presentamos al general Moriones, y yo le eché un discurso patriótico que... ¡ay madre!, siento que no lo hubieras oído.

SOR SIMONA

Es lo mismo: tras de aquel discurso echaste otro, y sin darte cuenta del peligro, te comprometiste seriamente... (Echándole un brazo al cuello.)

ANGEL

¡Ay madre!, ¡madre querida! Mi padre está

furioso conmigo; cuando llegue y me riña defiéndeme tú.

SOR SIMONA

Sí, sí; no dudes que te defenderé.

ANGEL

Échale un discurso, pero bueno, y luego otro discurso...

SOR SIMONA

Muchos discursos: ya lo verás. Si me pongo á ello hablo mejor que Castelar... y mejor que todos los predicadores.

ANGEL

Le dirás, como dijo el girondino, «que es hermoso y dulce morir por la patria».

SOR SIMONA

Todo eso y muchas cosas más diré; pero sosiégate, mi Angel, que estás muy excitado, y debes tener calma...

ANGEL

Lo que tú debes hacer, madre, es quitarte

esa toca, porque con esa toca mi padre, cuando venga á reñirme, no te conocerá; creerá que no eres mi madre Pilar, sino la madre de otro Angel, y que tienes un marido que no es mi padre.

SOR SIMONA

No pienses eso, hijo.

ANGEL

(Mirándola atentamente, fijos sus ojos en el rostro de Sor Simona.) Mi madre Pilar de Amézaga es muy hermosa: tú también lo eres, pero con muy distinta hermosura.. ; no sé, no sé cómo decirlo. (Pausa. Angel continúa hablando algo que no se entiende; Sor Simona se yergue, y suspirando eleva sus ojos al cielo en oración muda.)

NATIKA

(Acércase á Sor Simona, y casi al oído le dice:) El pobrecico está delirando pues.

SOR SIMONA

¡Pobre Angel! (Mirando al cielo.) Para salvar-te de estos bárbaros necesitas una madre; Dios ha querido que esa madre sea yo. (Apartadas las dos del lecho, contemplan al joven silenciosas.)

ANGEL

(Que cerrados los ojos, continúa hablando desordenadamente.) Tú... no eres mi madre... Tú eres... buena..., eres santa...; pero... mi madre Pilar... no eres tú. Mi padre no te conoce...; mi padre me riñe mucho... y tú no me defiendes...; si fueras mi madre... de verdad me defenderías.

ESCENA II

LOS MISMOS.—MIGUELA, SAMPEDRO. Primero entra por la izquierda Sampedro cautelosamente, con miedo de tropezar en los muebles; detrás entra Miguela en la misma forma, no queriendo hacer ruido.

MIGUELA

Chist... chist... tú, espera.

SAMPEDRO

Yo se lo diré. ¿Dónde está la señora?

MIGUELA

Allí está á los pies de la cama con Natika.

SAMPEDRO

¿Y el chico?

MIGUELA

Dormido; está delirando.

ANGEL

Mi padre..., mi padre... me riñe..., me castiga...

SOR SIMONA

(Alarmada.) Natika, siento ruido; alguien ha entrado.

NATIKA

Voy á ver. (Dirigese á la izquierda.)

SOR SIMONA

(Mirando con ansiedad por la ventana de la derecha.) El alba ya clarea. ¡Virgen Santísima, apiádate de esa pobre criatura! ¡Apiádate también de esta madre angustiada! ¡Madre, no! (Corrigiéndose vivamente.) ¡Madre, sí, sí! Lo he dicho y lo sostengo ante todas las potencias de la tierra y del cielo.

NATIKA

(Que ha cuchicheado con Miguela y Sampedro, viene corriendo hacia Sor Simona.) Señora...

SOR SIMONA

¿Qué?

NATIKA

Buenas noticias. (Temblando de emoción.) Que... hoy... no fusilan.

SOR SIMONA

Pero mañana...

NATIKA

Mañana sí.

SOR SIMONA

Un día de vida, vida es. ¿Por quién lo sabes?

NATIKA

Por Sampedro; se lo ha dicho el ayudante de Gaztelu. Hoy consejo de guerra es.

SOR SIMONA

¡Dios mío, gracias por este día más que me concedes! ¡Ilumíname, Señor! ¡Dame la ciencia del mundo que necesito para salir airosa en la empresa temeraria de salvar la vida de

este hijo... de Dios! (Se acerca al lecho, observando el rostro del joven, y le arropa cuidadosamente.)

SAMPEDRO

(En el grupo de la izquierda.) Oye, Natika: otra cosa debes decir á la señora; yo no me atrevo.

NATIKA

¿Qué cosa?

MIGUELA

Que dende que la señora dijo que este mozalbete es su hijo, ya no hay nadie aquí que la tenga por santa.

SAMPEDRO

Y con tanta furia y tanto aquel lo dijo, que todos lo creyeron.

MIGUELA

Soldados y paisanos dicen ahora: buena mujer será, buena Hermanita de la Caridad también; pero santa no.

NATIKA

¿Sois bobos ó qué? ¿No oisteis lo que la se-

ñora nos contó de uno que mataron en Viana que le llamaban don César?

SAMPEDRO

Sí; ya sé que era hijo del Papa...

MIGUELA

Hijo del propio Papa.

NATIKA

Pues si el Papa, que es santo, puede tener un hijo, una santa puede tenerlo también si...

SAMPEDRO

Según y cómo.

NATIKA

Cállate el boca tú.

MIGUELA

La señora sabe más que todos los inorantes que semos tú y yo.

SOR SIMONA

(Junto al lecho.) Natika, ¿qué estás charlotando ahí?

NATIKA

Voy, señora. (A Miguela y Sampedro.) Dirvos ahora, y si algo ocurre venir á contar. (Vanse Miguela y Sampedro.)

SOR SIMONA

Natika, apaga la luz: ya tenemos día. Bien vengas día, si contigo me manda Dios la misericordia que te pido. Tus primeras luces inundan mi alma de una dulce esperanza. (Se sienta junto á la ventana y saca el rosario. Suenan cornetas.) Natika, ¿viene tropa?

NATIKA

Es la diana.

SOR SIMONA

¡La diana!... ¡La diana!... ¡Dulce música navarra! ¡Tus acentos penetran como voces del cielo en esta alma desolada. (Se santigua; arropa bien á Angel; se arrodilla, y mientras reza cae el telón lento. Continúa lejano y sonoro el toque de cornetas.)

CUADRO SEGUNDO

Sala en el Ayuntamiento de Dicastillo: puerta central y laterales; en las paredes el retrato del pretendiente Carlos VII, y cuadros antiguos ennegrecidos por el tiempo. En el fondo, á la izquierda, sillones y mesa para el consejo. A la derecha, otra mesa y varias sillas.

ESCENA PRIMERA

MIGUELA, arreglando las sillas. Entran por la derecha SAMPE-
DRO y NATIKA, que trae un hermoso ramo de flores.

NATIKA

¿Dónde está la señora?

MIGUELA

En la capilla.

NATIKA

¡Ah! Es que ha oído dos misas.

MIGUELA

Pronto vendrá, porque ya está acabando

la segunda. ¡Ay, qué ramo de flores tan preciosos! Ese ramo será para la señora.

NATIKA

Me lo ha dado en el pórtico de la iglesia el apóstol Santiago.

SAMPEDRO

Hablando en plata, quien te lo ha dado es don Salvador Ulibarri.

NATIKA

Cállate el boca. Yo digo que el apóstol Santiago; y no venía solo: venía con el arcángel San Miguel.

SAMPEDRO

Sí; no está mal arcángel, sí, don Mariano Clavijo; y nos dijeron que el otro arcángel, Mendavia, salió esta mañana para Los Arcos á conferenciar con Dorregaray; cuando vuelva y se reunan los tres, veremos lo que pasa aquí... ¿Y sabes tú, Miguela, si hoy se reúne el consejo de guerra?

NATIKA

Dijéronnos que en esta sala se reúne pues.

SAMPEDRO

Y lo forman los coroneles Gaztelu, Arretagoitia y Zubiri.

MIGUELA

(Mirando por la puerta del fondo.) Aquí viene Sor Simona. (Entra Sor Simona.)

ESCENA II

SOR SIMONA, NATIKA

NATIKA

(Presentando el ramo.) Mire, señora: mire lo que le traigo.

SOR SIMONA

(Asombrada y gozosa.) ¡Jesús mío! ¿Pero quién te ha dado estas flores tan preciosas?

NATIKA

En el pórtico de la iglesia me las dió el apóstol Santiago, que estaba con un arcángel.